

EL REINO DEL LATIDO



Ricardo Blanco Segura

Para decirlo de primera entrada, la poesía no ha sido precisamente santa de mi devoción. Fuera de ser motivo de formación cultural obligada por la lectura de los clásicos, la poesía no forma parte de mis predilecciones, quizá por considerarla una pura recreación, muy bella, muy interesante a veces, pero sin ningún valor práctico (conste, que por decirlo yo no tiene necesariamente que ser así).

Y si en esa convicción muy personal incluyo a los clásicos, con mucha mayor razón a los autores contemporáneos, con quienes ya no sabe uno a qué atenerse; tal es la cantidad de poetas que nos han brotado en los últimos tiempos (un "pueterío" como le digo a Marco Retana) que ya no sabe uno cómo considerar el asunto. Y es lógico que así sea porque al parecer hoy en día basta con escribir una prosa plagada de angustias, dudas, visiones indescifrables y otros elementos truculentos, recortarla en líneas más o menos bien distribuidas y tener un poema que, si uno dice que no le gusta o no lo entiende, le tapan la boca llamándole ignorante. Creo que así la forma más expedita para hacerse de un nombre literario es escribiendo versos; no en vano siempre he sostenido que es más fácil ser un mal poeta que un buen prosista, porque la prosa es asunto de pensarlo dos veces. Sin embargo, entre lo mucho que se escribe actualmente en Costa Rica como poesía, aparecen de vez en cuando obras que sí lo llaman a uno a reflexionar sobre las posibilidades que el género ofrece en el país. Tal es el caso de *Reino del Latido* de Carlos Francisco Monge, publicado este año por la Editorial Costa Rica.

El tema es el ya tantas veces tratado del amor, como erotismo físico y complemento espiritual. En ese aspecto, está hábilmente tratado, con innegables imágenes de gran belleza, que delatan el cuidadoso repaso del idioma de parte del autor y un trabajo hecho a conciencia. Con una indiscutible influencia de Neruda (al menos así lo veo yo) Monge nos brinda una secuencia progresiva que arranca de un preludio y se extiende al yo, al tu, a las manos, las caricias, el beso, el cuerpo, el pecho, las piernas, etc., hasta llegar a la plenitud de la unión, en términos de exquisita delicadeza y de un ritmo poético indiscutible, que nos hacen sentir verdadera poesía y no el fácil recurso de la prosa



Ilustración de Osvaldo Salas.

enigmática dividida en líneas en que muchos refugian su incapacidad.

Hay riqueza de lenguaje, uso muy acertado de los recursos, y sobre todo un sentimiento muy auténtico del autor puesto en lo que escribe.

Como muestra de cuanto llevamos dicho, damos a continuación algunos trozos del preludio, que por sí mismo invita a la lectura del libro:

"Sube a tu claridad mi piel creciente
ahora que el mundo acude y la alborada
es tierra bienvenida y sin fronteras.
Y nace de tu pulso mi alegría
habita el reino, es huella surtidora
y rayo abanderado que nos ata
a los recintos últimos del beso.
Brotan salidas, cielos, mil raíces
Perennes días que abren en tus manos
la luz alborozada y la desgranar.

La lluvia ya nos canta, fiel aflora
y besa nuestro mar, túnel abierto,
inmenso y vigilado con tu abrazo;
la noche está en su vientre y tú la acosas,
y es lucha y manantial que llega y funda,
y es fija posesión que a ti retorna
cargada y desprendida y cosechada.

Sin duda alguna, de lo más agradable que hemos leído entre el maremágnum de "poetisos" y "poetisas" que hoy nos asfixia.

Reino del Latido.

Carlos Francisco Monge, Editorial Costa Rica 1978.